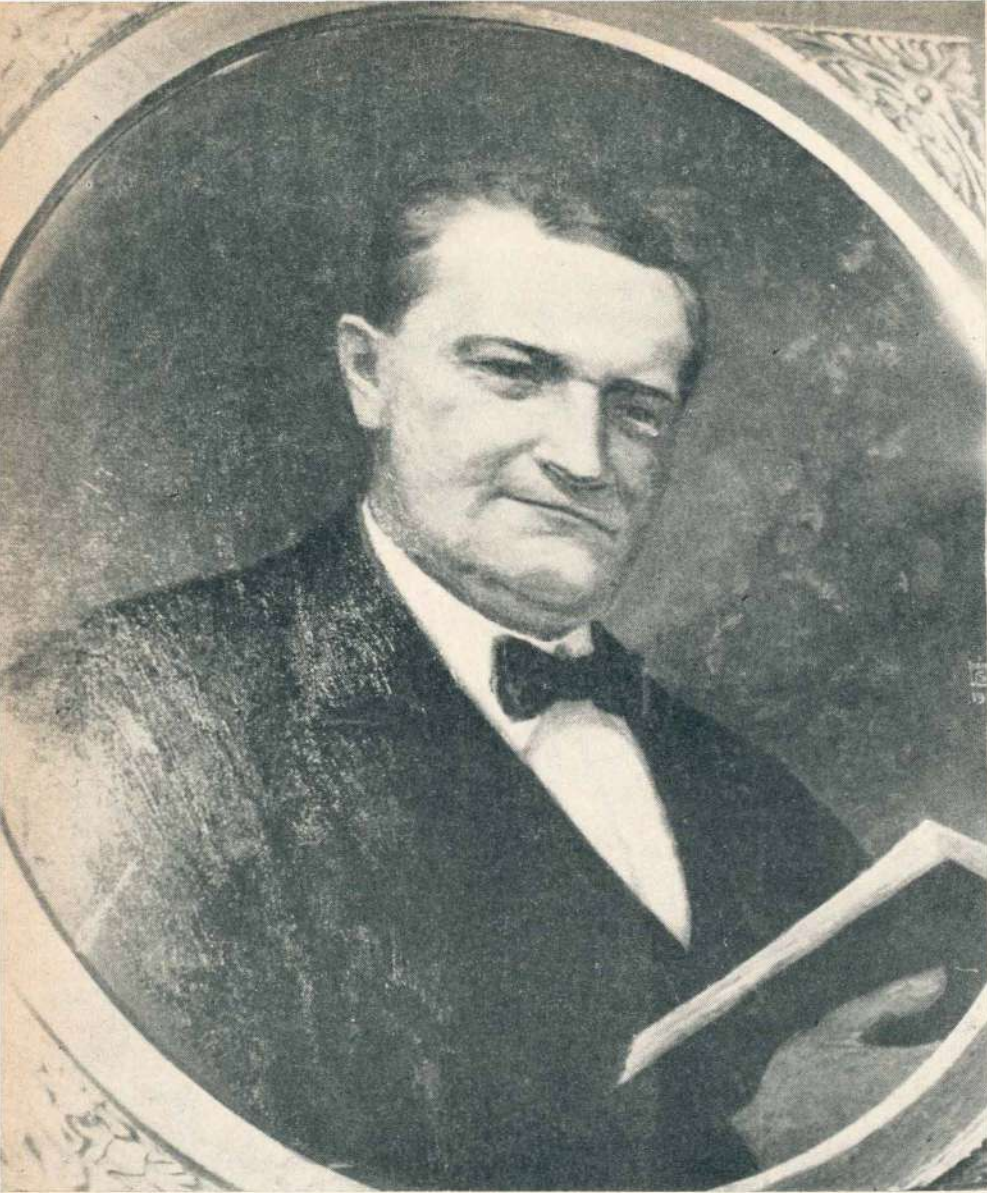


psico-siluetas



Psico-Siluetas del Profesor

A pesar de los años transcurridos el pergeño inmanente del profesor Zea Uribe invade, de lleno, las entretelas de mi memoria: dilatada y robusta la frente, tras el entrecejo aparece junto con la armonía de su inteligencia, la magnífica pureza del pensamiento. Las pupilas, suaves, móviles, levemente tristes, filtran el cordial de la concentración interior; permeabilizan, por así decirlo, las aguas vivas de un tesoro espiritual escondido en algún recodo seductor de la subconciencia. La nariz rectilínea, frágiles pero bondadosos los labios, en sus comisuras en vez del sedimento irónico, apenas sí fibrila el relieve de las virtudes teológicas.

Veo animarse su corbatín clásico; cobrar con ornos la desnivelada dejadéz de sus hombros; fulgír las facetas del solitario en el anular de su mano izquierda —familiarmente columpiada entre la sisa del chaleco y la cadena del reloj—. Percibo, aún, ese su andar pausado, rítmico, casi impalpable. Diríase que todavía musita su expresiva traducción de Verlaine: "sobre la ciudad y sobre mi corazón está cayendo nieve". Y, estilizando el conjunto, la palidez de su piel, aquella palidez suya adquirida en andanzas nocturnas por los dominios prohibidos de lo Ultra-Sensible.

Espléndido era el joyel de su cerebro como asombrosa la integridad de su ejecución mental. La agudeza receptiva de Zea Uribe corría parejas con su proteiforme capacidad de trabajo. Gran artífice de la clínica y explorador de ciencias abstractas, ahondaba en ellas, unas veces, con criterio determinista, experimental; otras, quizá la mayoría, con la muelle exégesis del filósofo místico. Al mismo tiempo investigador y poeta, unía a su imaginación creadora un finísimo, un sangrante temperamento sensitivo. Fué ajeno a la hiel de las pasiones comoquiera que el triple potencial ideológico, ético y motor de la integérrima unidad de su psiquismo, estaba crónicamente sincronizado en mágico surtidor de emociones.

Por Edmundo Rico

LUIS ZEA URIBE

Qué hechizo más jugoso el de su palabra! Fué su voz grácil laud en cuyas cuerdas vocales la frase se transformaba en ritmo, el ritmo en tonalidad, la tonalidad en melodía.

No menos sinfónico resultaba su estilo. Descuella, así por la castiza y ondulante factura del período como por la incandescencia del saber. Si es verdad que el estilo es el hombre, ninguno como el de este poeta en prosa que fué Zea Uribe, sintetiza con mayor donaire la serena pulsación de una vida.

Por un fenómeno frecuente en nuestras democracias, vióse mezclado en lides políticas, parlamentarias y hasta banderizas. Mas, aquellos intermitentes episodios, en nada desvirtuaron su vocación de estudioso. Porque el profesor Zea Uribe era, ante todo y por sobre todo, un pensador. La tensa incógnita en que oscilan los estribos de la vida y la muerte, le llevó, como de la mano, a las esencias metafísicas lo mismo que al aprendizaje de cuantas ciencias fisicoquímicas tuvieron concatenación entre sus estudios predilectos. Que la biología encarnó para él, eje de curiosidad inagotable, lo demuestran estos apartes que son como la entraña en donde vislumbraba la continuidad de dos mundos: "la vida está constituida por equilibrios atómicos inestables que hacen de nuestro cuerpo una arquitectura transitoria y fugáz. Los equilibrios estables de las cédulas, de las moléculas y de los átomos se encuentran en la muerte. Morir es lo natural; vivir es el milagro".

De ahí que amara lo invisible, así fué se infinitamente pequeño como infinitamente grande. La bacteriología le interesaba no por las retortas de cultivo bacteriano ni por esas maniobras ópticas con que alucinan las lentes del microscopio sino por la sutil metamorfosis de los microbios en sus desdoblamientos impre-

sionantes; por aquel poder diastásico que aniquila los más sólidos, los más perfectos edificios moleculares.

Por su temperamento idealista y, como

* * *

biólogo, más del microcosmo del alma que del macrocosmo de la materia, hubo de llegar, tempranamente, a donde le condujeran sus aspiraciones: a las zonas de lo suprasensible, al culto por los muertos que desde un más allá vaporoso gobiernan los vivos, hacia aquellos Espectros que, al decir de Ibsen, dirigen lo mismo nuestras reacciones orgánicas como mentales.

Los muertos! Pero, ¿quienes son ellos? Para el profesor Zea Uribe, simbolizan entidades imponderables e invisibles que al través de transformaciones o de evoluciones sucesivas llegan hasta la perfección. Para él, el espíritu es una fuerza de la materia que existe, en mayor o menor grado, en todas las esferas animales y que ha logrado en el hombre su culminación suprema. Este espíritu se perpetúa más allá de la muerte, conservando la integridad de sus afectos y recuerdos; es lo que los escolásticos llaman principio de la individualidad".

Romántica creencia que, por paradójica, por antinómica que aparezca, se confunde, en el plano positivista, con los postulados de la biología contemporánea. "La antigua historia natural —comenta Jean Friedel— era humana, demasiado humana; hoy, la tendencia antropocéntrica ningún crédito tiene en el crisol científico. Entre el hombre y el animal, entre el animal y la planta, no existen diferencias de naturaleza sino apenas de adaptación evolucionista".

Augusto Comte, "incluyendo la sed ardiente que devora nuestro corazón, propone el culto del GRAN SER, ya que la

humanidad se compone más de muertos que de vivos. Pero, si retrocedemos hacia el pasado remoto en pos de los abuelos a quienes de veras quisimos, ¡qué cúmulo de ancestros desconocidos los que vamos hallando! Tras ellos, la imaginación descubre en el borroso panorama de innumerables generaciones, la imprecisa silueta del hombre de las cavernas. Todos estos muertos, tiernamente amados o completamente ignotos, gloriosos u opacados, forman parte del GRAN SER.

Mas ¿por qué excluir al enigmático primate que engendró al hombre cavernario? ¿Acaso este primate es superior a cualquier otro simio, a cualquier otro lemurido? ¿Por ventura, el mamífero es más divino que la cigüeña? ¿Por qué olvidar los majestuosos árboles de la floresta o las imperceptibles bacterias tan necesarias a la existencia del universo mundo?

El GRAN SER se ensancha indefinidamente y, en buena dialéctica, acaba por convertirse en el GRAN TODO. De aquí a restaurar la idea de un Dios —bajo forma deísta o panteísta— no hay sino un paso que, antes de franquearlo, abre, de par en par, las puertas de la metafísica. Por escabroso, por delirante que aparezca a primera vista el problema, nada de visionarias tienen las elucubraciones de Zea Uribe en torno a la invisibilidad en que gravita junto con la biológica irradiación del GRAN SER, el envolvente enigma del GRAN TODO.

* * *

Cuenta Renan que una de las leyendas más extendidas en Bretaña, es la referente a cierta ciudad de Is que en época remota la devoró el mar. Señálase, todavía, desde algunos arrecifes de la costa, el sitio ocupado por aquella ciudad fabulosa de cuya opulencia hilvanan los pescadores episodios extraños. Aseguran que en los días de tormenta emerge de la comba de las olas, el vértice de no pocas flechas de sus campanarios, mientras en los de calma, se escucha ascender desde el abismo, el sonido de sus campanas modulando el himno del día. A menudo creo —continúa el autor de "Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse— "que también llevo en el corazón una ciudad de Is, cuyos bronceos sonoros se obstinan en convocar a oficios sagrados a unos fieles que ya nada escuchan. En veces me detengo, atento el oído a estas temblorosas vibraciones que parecen venir de profundidades infinitas como si fuesen voces de otro

mundo, como si fuésen el eco lejano de una Atlántida desaparecida".

Todo me induce a creer que en la elegante afectividad de Luis Zea Uribe navegaba aquella estúpida ciudad de la leyenda bretona descrita por Renan con tan onduladas metáforas. En ese océano azulado que fué su inconciente emotivo y emocionador, surgían las espadañas de añejos santuarios tejidos en el encaje idealista de un misticismo perfecto; tintineaban, de continuo, las campanas ancestralmente dulces de sus muertos preferidos; allí residía el embrujo de sus inescrutables, de sus espirituales colquios con los ausentes de la Madre Tierra...

Porque la amistad con los que fueron es válvula de escape moral que lubrica los insoportables realismos de la brega cotidiana. De ahí que tendamos las antenas del dolor hacia el sursum corda de los quimeras; de ahí que busquemos, cuando menos, la felicidad en la ilusión.

"Condenados irrevocablemente a ver los seres y las cosas reflejadas en nosotros con insípida y desoladora monotonía, dice Anatole France, experimentamos, por ello mismo, la sed ardiente de lo desconocido, la aspiración incontenible de enfrascarnos en las penumbras del más allá".

Y, aún cuando es cierto que la ciencia de moran escasos elegidos, también es helada impavidéz que reina dentro de sus murallones, torna la vida escéptica, la anquilosa, le sustrae —a medida que avanzan los años— el oxígeno de la emoción.

Por ello, en veces ascendemos las escalinatas que conducen hasta el mirador de la espiritualidad para —a modo del caracol que asoma la espiral de sus carnes a la temperatura eugenésica— extender, desde allí, nuestras almas al sol de los muertos.

Sus frecuentes y aereadas entrevistas con los intérpretes del pasado ancestral, llevaron al profesor Zea Uribe a considerar la diosa Artropos, nó como un mal sino como un bien. "Morir es lo natural; vivir el milagro".

Sabedor, desde años atrás, que el hilo de su existencia estaba herido, aceptó la transmigración con estoicismo, con aquel estoicismo de la máxima antigua: "no le temas a la muerte porque cuando ella es, tú ya no eres; y cuando tú eres, ella no es".